

De Iris..

## BODAS DE PLATA DE "LA NACION"

Quiero celebrar a LA NACION en sus Bodas de plata, pues, en consideración a la alta suma de mis años, necesitaría enterar un siglo para alcanzar a las Bodas de Oro.

Confío en la misericordia del Señor, que no prolongará mi condición de último sobreviviente del gran naufragio mundial en que se hundió el siglo XX. Asistir a la crisis de la propia civilización, disfrutada en plenitud, es espectáculo reservado a pocos. Ningún joven comprenderá ese dolor, pues ya vinieron a la vida con la sensibilidad adecuada al mundo que nace. Se requiere para resistir esta prueba de una fe visionaria en que el reino de Dios será precedido de la horrorosa magnitud de las catástrofes que presenciaremos.

...Hoy más que nunca recuerdo que pasó por Chile un hombre de vista más larga que los Profetas hebreos. Veía avanzar las calamidades desde el fondo del porvenir. Su alma era muy vieja. No iba en camino de ida. Regresaba lentamente, trayendo en sus claras pupilas luz de cielos y dilatación de horizontes. Parecía amasado en las milenarias ciencias asiáticas y haber asimilado la sabiduría de Confucio en alguna remota encarnación. Vivía y actuaba en altura y serenidad de inalterable estética espiritual. Nada le urgía, como si desde el tiempo breve existiera ya en el eternidad. No se inmutaba nunca, avanzando impertérrito por entre la envidia, la incomprensión y

la injusticia. Suave, sonriente y hondo, pronunciaba la palabra viva y justa, aclaraba tinieblas y armonizaba conflictos. Enfocaba las cuestiones por todos sus aspectos, y la claridad misma de la visión hacía vacilar su voluntad en la acción.

Su corazón, cansado de largas andanzas sobre los milenios, latía con pereza, o, más bien, sin ansiedad de volver a todas las cumbres de donde tornaba.

Se le tachaba de ambicioso en el mundo pequeño del país nuevo. Buscaba el Poder como único medio de realizar sus ideales de bien público. La natural ambición de honores no cabía en aquella alma de tan vasta potencia y conocedora profunda de la "pasta" en que somos hechos los humanos.

No le llegaban las injurias ni conocía el rencor. La venganza le pareció mezquina y pueril dentro de la justicia inmanente con que nos vengamos a corto plazo la vida misma...

Ese hombre único se llamó Eliodoro Yáñez. No tuvo ancestros. Fundó su propia dinastía. Era inestafable, de puro auténtica, su discrepancia espiritual, y rompió de una vez para siempre, en mi chata ciudad del siglo diecinueve, los moldes hechizos de aristocracias basadas en escudos de piedra y títulos heredados. La suya era de divina legitimidad.

Fué el fundador de LA NACION. Tuvo desde siempre el ensueño de crear un "Diario" —gran transatlántico— para atravesar una época que se anunciaba borrascosa en lucha de clases y advenimiento del "Tiers Etat".

Ya había caído la aristocracia (Revolución francesa); gobiernan los burgueses, pero por ley natural llega la hora del pueblo. Se necesita darle conciencia cívica y que el cambio se haga por natural derecho, sin choques ruidos. Hay que constituir minorías egregias, a base de espiritualidad, para el gobierno.

Armado el "Navío" en la calle Agustinas (nombre de un Monasterio) "por donde pasaban a misa las damitas arrebuajadas en mantos de espuma", Yáñez buscó tripulantes. Los tomó a su bordo con la maravillosa sagacidad del fecundador de almas.

Eximio sembrador de ideas, ponía en cada uno la simiente adecuada. Infundiales fe en sí mismos, y los echaba a andar, bajo su penetrante mirada de piloto escrutador de lejanías.

Cierto sentido de adivinación le permitía tocar las cuerdas sonoras de las almas. Y ya cogidas, las transformaba, exaltando sus propios valores.

A cada ser que llamó a colaborar con él le puso en evidencia un oculto poder, que lo convertía en ciudadano eminente.

Así ha hecho presidentes, embajadores, ministros, escritores, políticos y hasta poetas.

Vinieron de provincias y de todas partes. La puerta

era ancha y el maestro distribuía las tareas.

Carlos Dávila, gran motor de la Empresa, fué sacado de "El Mercurio", donde desfilaba cables. Hugo Silva llegó por primera vez a LA NACION, sin cuello, con bufanda morada, sin afeitarse y con sombrero alón. Creímos que era apache, pero Yáñez decretó: —Usted va a ser redactor. Y ¡qué pluma sacó!

A Conrado Ríos lo creí yo muchachito recadero. Y al decirle: —¿No hay nadie esta tarde a quien hacerle un encargo para el Director?, el jovencito se armó, y con gran empaque me respondió: —¡Nadie! ¡Aquí estoy yo!

Evité lo de siempre, al dar un recado, de repetirlo, pues la personita era alerta y lista. Cuando supe que mi encargo había sido tan bien cumplido, felicité a Yáñez de haber hallado un niño tan capaz... —Es redactor, volvió a contarme. Temí, lo confieso, que supiera de gramática menos que yo. Es Embajador ahora, y sigue avanzando.

Apenas nacido el diario, el 14 de enero, Yáñez confesó a una amiga que LA NACION no circulaba en la clase que más necesitaba leerla. —¿Qué haremos? Precisa un puente de acceso. Crearles un interés!

Se acercaba el mes de febrero en Viña, cita de la "crema" social.

El puente se construyó, haciendo crónicas veraniegas con las siluetas morales de los veraneantes y el ridículo de las costumbres. El interés fué inmenso; todos deseaban ser retratados, aun a riesgo de caricatura, o, por lo menos, que se les nombrase. El diario se hizo "chic". LA NACION fué leída, peleada y pagada hasta en billetes de a diez, cuando escaseaban los números.

Al temor de que fuere un diario político, incubador de candidatura presidencial, siguió la confianza de hallar campo abierto a todas las ideas, sin más limitación que cortar la injuria y la diatriba.

Aparecieron plumas nuevas, y grandes "leaders" políticos de hoy fueron pichones nutridos en ese nido.

Ese Jefe de la empresa, cuyo nombre griego (según Edwards Bello) "Regalo del Sol" es un símbolo de aquella cabeza—lampadario en que prendían todas las luces—fué desconocido, perseguido, menospreciado y calumniado. Se le arrebató la poderosa "herramienta" de su obra social, en ese diario que gobernaba la opinión pública, mejor que un Presidente, sin Cámaras opositoras... Y se fué una noche cualquiera, sin quejas ni reproches para nadie. Se fué noblemente silencioso como un Rey desterrado. No necesitó perdonar a sus enemigos, pues supo ilustrar el dicho: "Perdonar es comprender". Cierta estoy de que desde donde se halle mirará hacia este pueblo, y le dará la "señal de conjunto" que tanto necesitamos en esta hora turbia.